Revista internacional de Teología
CONCILIUM
editorial verbo divino

TEMA MONOGRÁFICO

ECONOMÍA Y RELIGIÓN

Luiz Carlos Susin y Erik Borgman (eds.)

FORO TEOLÓGICO

Norbert Reck
Victoria Eulalia Carrasco
Brenda Carranza

343
NOVIEMBRE 2011
evd

CONTENIDO

1. Tema monográfico:
ECONOMÍA Y RELIGIÓN

Luiz Carlos Susin y Erik Borgman (eds.): *Editorial* 7

1.1. Jung Mo Sung: *Religión y economía: interfaces* 11

1.2. Erik Borgman: *La economía capitalista y el Dios de la caridad. Una consideración teológica* 23

1.3. Enrique Dussel: *Economía y eucaristía* 35

1.4. Javier María Iguíñiz Echeverría: *Economía y desarrollo como libertad* 49

1.5. Elena Lasida: *Una economía que crea alianza y genera promesa* 61

1.6. Néstor O. Míguez: *Para una economía que conozca la Gracia* 71

1.7. Mathijs Lamberigts: *Jerusalén y Babilonia: La doctrina de Agustín de las dos ciudades, en su contexto* 83

1.8. Ina Praetorius: *La economía de la natalidad. Una perspectiva pospatriarcal* 97

1.9. Johan Verstraeten: *Nueva visión de la economía, ¿una cuestión de amor o de justicia? El asunto del* Compendio de Doctrina Social de la Iglesia *y la encíclica* Caritatis in Veritate 109

1.10. Hilari Raguer Suñer: *De la economía a la* oikonomia 123

2. Foro teológico

2.1. Norbert Reck: *Nuevo ánimo para «recuerdos peligrosos». Despertar teológico en la ex Yugoslavia* 131

2.2. Victoria Eulalia Carrasco: *Sucumbíos: Iglesia conciliar agredida por la cristiandad* 139

2.3. Brenda Carranza: *Catolicismo y religiones sincréticas. Un estudio en Santiago de Cuba* 145

Economía y religión: ¿dos caras de la misma moneda?

La crisis financiera y económica desencadenada en 2008 y las sucesivas crisis en economías que hasta hace poco eran prósperas en Occidente inducen nuevamente a reflexionar sobre el sistema económico hegemónico, el capitalismo y sus puntos débiles. A la contradicción del sistema que genera nuevos pobres, nueva desigualdad social, y pone en riesgo la ecología global, se le suma ahora una profunda crisis interna de confianza. La «crisis de confianza» recuerda la existencia de dosis de fe en el funcionamiento de la economía. Existe asimismo un vínculo entre economía y soteriología: tras la «economía de la salvación» (Eusebio de Cesarea) y de la «economía como salvación» (Max Weber), las crisis sucesivas y las tentativas de los Estados de socorrer a bancos e inversiones privados apuntarían ahora a la necesidad vital de «salvación de la economía» (Patrick Viveret). ¿Es esta la forma de economía que hay que salvar? ¿Qué o a quién se pretende salvar al querer salvar la economía? ¿Quién será el agente de salvación, el «mesías», de la economía? El neoliberalismo, con la tesis del «mínimo Estado» buscó disminuir la intervención del Estado en las economías, y ahora es el Estado el llamado a salvar a los agentes de la economía liberal con dinero público, o sea, a costa de los ciudadanos. La relación entre economía y religión no es una característica «occidental». Al contrario, la racionalidad moderna quiso separar esos espacios tan unificados o simbióticos en culturas premodernas. Sin embargo, incluso en Occidente, la economía y la

religión –en este caso, el cristianismo– mantienen muchas interfaces e interpenetraciones de dogmas y de mística.

La Iglesia, en su magisterio, se ha manifestado cada vez más en el ámbito de la economía, y esta constituye parte importante de la Doctrina Social de la Iglesia. No obstante, se plantea una cuestión metodológica: tratar la economía únicamente en el ámbito de la enseñanza moral, y sobre todo desde fuera del sistema, puede dar la impresión de ser idealista y hasta arrogante e hipócrita. Tanto la práctica como el propio enfoque teórico han revelado dicha ineficacia. Comprender la economía desde categorías soteriológicas, mesiánicas, pneumatológicas y teológicas ha arrojado nueva luz sobre la conexión entre economía y religión. Y viceversa, las categorías y normas de la economía que se observan en la religión y que con frecuencia preceden en la religión a lo que después se torna eficaz en la economía, aunque de forma secularizada, también han tenido impacto recientemente en la comprensión de la religión. Por último, el mimetismo y la simbiosis, incluso en sociedades más secularizadas, pueden estar en el origen de la crisis de confianza tanto en la economía como en la religión, y, de forma más específica, de la crisis de confianza sobre la eficacia de ambas.

Por ello, este número de *Concilium* está dedicado a dichas interfaces y conexiones entre economía y religión, no solo desde el punto de vista de las exigencias éticas que la religión, el cristianismo, la(s) Iglesia(s) pueden o deben dictar o inspirar a la economía, sino de sus implicaciones teológicas. Esta cuestión es importante para el cristianismo en la medida en que es una religión de encarnación, que integra la economía desde el «pan nuestro de cada día», con el pan de la justicia y el pan eucarístico, hasta la mesa del Reino de Dios.

La teología de este número de *Concilium* se ha elaborado en su totalidad en espacios interdisciplinares y transdisciplinares. El artículo de Jung Mo Sung constituye una amplia introducción teórica de las interfaces entre economía y religión. Le sigue el texto de Erik Borgman, en el que la economía y la religión se encuentran en el espacio de las relaciones sociales. A estos dos artículos introductorios les suceden dos ensayos, de Enrique Dussel y Javier María

Iguíñez Echeverría. En el primero se muestra hasta qué punto la eucaristía está ligada a la economía, y en el segundo vemos cómo reputados economistas, de la talla de Amartya Sen por ejemplo, pueden ayudar con realismo histórico a vencer a la pobreza y a aumentar la verdadera riqueza, que no es otra que la libertad. Sorprenden también ensayos interdisciplinares en los artículos de la economista Elena Lasida, que desarrolla una visión de la economía con categorías bíblicas de alianza y de promesa, y del biblista Néstor Míguez, que examina la relación entre gracia y economía en Pablo. Ya Agustín vivió una encrucijada decisiva de la historia de la Iglesia en la sociedad romana, lo que supone una nueva y realista relación con los bienes, lo que aquí refleja Mathijs Lamberigts. Y en la actualidad, en el marco del esfuerzo de superar la cristiandad patriarcal, encontramos en el artículo de Ina Praetorius una mirada feminista sobre la economía, mientras que en el artículo siguiente Johan Verstraeten refleja el pensamiento oficial actual de la Iglesia católica sobre la economía a partir del Compendio de Doctrina Social y de la encíclica *Caritas in Veritate*. Por último, Hilari Raguer Suñer nos brinda un ensayo creativo entre sentido y práctica, la economía del mundo en la economía de Dios.

Abrimos el *Foro teológico* con una visita, de la mano de Norbert Reck, a la antigua Yugoslavia y la iniciativa de una nueva generación de teólogos que ha tenido la valentía de tratar el tema de las «memorias peligrosas» de los conflictos que no se han solventado aún. Y dos situaciones para la reflexión eclesiológica: una en Cuba, con el estudio de Brenda Carranza y su equipo, en el que vemos la exuberancia y cierta oficialidad de los ritos afrocubanos; y la otra en Sucumbíos, Ecuador, a través del artículo de Victoria Eulalia Carrasco, donde dos modelos de Iglesia, uno conciliar y otro preconciliar, se enfrentan provocando heridas. Son situaciones que dan qué pensar, y con frecuencia, pensar duele. Pero que sean dolores de parto.

(Traducido del portugués por Jaione Arregi Urizar)

Jung Mo Sung *

RELIGIÓN Y ECONOMÍA: INTERFACES

La relación entre religión y economía es ineludible. Incluso las iglesias o comunidades que niegan dicha relación tienen que pagar los recibos, hacer compras, trabajar o recibir donaciones. Del mismo modo, encontramos en el ámbito económico muchas referencias a la religión o a la teología. Presentamos en este artículo tres posturas básicas sobre la relación entre religión-teología y economía, dando prioridad al punto de vista teológico.

I. Religión y economía como campos distintos

Encontramos, tanto entre economistas y sociólogos como en el campo religioso, personas que afirman que con el desencanto y la secularización del mundo moderno no hay o no debería haber ya una relación significativa entre religión y economía: cada ámbito constituiría una esfera autónoma e independiente una de la otra. La economía se ocuparía de las cuestiones materiales de la vida

* Jung Mo Sung, católico laico nacido en Corea, vive en Brasil desde 1966. Doctor en Ciencias de la Religión, con posdoctorado en Educación. Es profesor en el Programa de Posgrado en Ciencias de la Religión de la Universidad Metodista de São Paulo, Brasil. Es autor de 16 libros, entre ellos, *Beyond the Spirit of Empire* (2009, con J. Rieger y N. Míguez), *Desire, Market and Religion* (2007), *The Subject, Capitalism, and Religion* (2011) y *Deus em nós: o reinado que acontece no amor solidário aos pobres* (2010, con Hugo Assmann).

Dirección: R. Humberto I, 254, AP. 121-A, São Paulo, SP (Brasil). Correo electrónico: jung@uol.com.br

humana, mientras que la religión debería dedicarse exclusivamente a las cuestiones espirituales y/o de la salvación del alma.

Esta visión moderna que separa de forma radical la religión de la economía halla eco en la antropología dualista (alma x cuerpo) que existe en el seno del cristianismo y también de otras religiones. De ahí se deriva la fuerza de esta visión.

Esta separación radical reduce a la religión, y en el caso que nos ocupa a las iglesias cristianas, a un papel muy pequeño en la sociedad, puesto que la gran mayoría de asuntos sociales están relacionados con la economía. La gran excepción aparente sería la sexualidad, donde participan activamente sectores de iglesias que no se implican en cuestiones económicas.

En el caso de la economía, esta separación da la sensación de emancipación de las doctrinas religiosas y de la ética, cumpliendo el objetivo de hacer de la economía un ámbito autorregulado, a saber, sujeto únicamente a las reglas de la propia economía, sin intervención o regulación por parte de sistemas externos como política, ética o religión.

Así y todo, no era eso lo que pensaban los grandes «fundadores» de las ciencias sociales modernas. Karl Marx, por ejemplo, afirmó que la riqueza en las sociedades capitalistas aparece como un gran cúmulo de mercancías y que, «a primera vista, la mercancía parece una cosa trivial, de comprensión inmediata. Su análisis demuestra que es un objeto endemoniado, rico en sutilezas metafísicas y reticencias teológicas» [1].

Max Weber, por su parte, afirmó que «Los griegos ofrecían sacrificios a los dioses de la urbe; seguimos haciendo lo mismo hoy día, aun cuando nuestro comportamiento haya roto el encanto y se haya despojado del mito que sigue alentando a pesar de ello en nosotros. [...] La religión se ha convertido, en nuestro tiempo, en "rutina cotidiana". Los dioses de la Antigüedad se levantan de sus tumbas y, bajo la forma de poderes impersonales, porque desencantados, se

[1] Karl Marx, *O capital: crítica da economia política,* vol. 1, Nova Cultural, São Paulo [2]1985, p. 70 (trad. esp. *El capital*, Alianza, Madrid 2010).

esfuerzan por ganar poder sobre nuestras vidas, reiniciando sus luchas eternas»[2]. Con el desencanto del mundo, los dioses aparecen ahora en forma de poderes impersonales de las leyes del mercado y continúan exigiendo sacrificios de vidas humanas.

Hay también economistas contemporáneos, como Joseph Stiglitz, premio Nobel, que emplean categorías teológicas para sintetizar mucho de lo que se hace en la economía en la actualidad. Tras mencionar que el FMI y el Banco Mundial predicaban un fundamentalismo del mercado, afirma que «los que abogaban por las normas que condujeron al desastre estaban tan *cegados por su fe en el libre mercado* que no vieron los problemas que se estaban creando»[3].

II. Crítica a la economía a partir de valores o doctrinas religiosas

Pese a que varios economistas y sociólogos percibieron la presencia de aspectos religiosos y teológicos en la economía –tanto en la ciencia económica, como en el sistema económico–, han sido las personas del ámbito teológico las que han trabajado más dicha relación. Entre ellas están las que critican la economía «desde fuera» del ámbito económico, a partir de valores teológico-éticos. Este grupo se puede dividir en dos subgrupos.

El primero lo representaría la Doctrina Social de las Iglesias (DSI), en especial la de la Iglesia católica, que suele tratar asuntos económicos y sociales como el capitalismo, la pobreza y la injusticia social como temas no teológicos, sino únicamente como un campo en el que se aplican las enseñanzas sociales derivadas de la doctrina teológica. Así, la Iglesia católica trata, desde un lugar ajeno a la economía, un lugar considerado «superior», de enseñar a los economistas,

[2] Max Weber, *Ciência e política: duas vocações,* Cultrix, São Paulo [4]1984, pp. 41-43 (trad. esp. *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Espasa-Calpe, Madrid 1992).

[3] Joseph Stiglitz, *O mundo em queda livre: os Estados Unidos, o mercado livre e o naufrágio da economia mundial*, Cia das Letras, São Paulo 2010, p. 341. La cursiva es mía (trad. esp. *Caída libre*, Taurus, Madrid 2010).

gobernantes y agentes de instituciones económicas cómo debe ser la economía según la «revelación» que la Iglesia recibió de Dios.

En general, la argumentación se inicia detectando síntomas de problemas económicos y sociales, y propone correcciones o pistas de solución a partir de la Biblia y de la tradición teológica, en especial los documentos de la DSI. Una característica de este tipo de postura, que no es exclusiva de la Iglesia católica, es la de no tener demasiado en cuenta las lógicas fundamentales del sistema económico. Esto es, no reconoce que la lógica de funcionamiento de los sistemas económicos modernos no es la misma de los sistemas económicos premodernos del tiempo de la Biblia o de los Padres de la Iglesia. Tampoco reconoce que la economía funciona con una lógica distinta de la religiosa o doctrinaria. Así, las propuestas de la DSI resultan incomprensibles para la mayoría de los agentes económicos, que reflexionan a partir de otros principios, e impracticables en el mundo de la economía «real».

El segundo subgrupo es el formado por teólogos/as o críticos sociales de inspiración religiosa que hacen de la economía un tema teológico y entienden la economía moderna –consciente o inconscientemente– a partir de una clave propuesta por Max Weber: la modernidad como paso del tiempo religioso que organizaba la «economía de la salvación» a la «salvación por la economía». Este grupo reconoce que el mundo moderno, sea capitalista-liberal o comunista-marxista, se presenta como portador de la salvación, compitiendo con la salvación propuesta por las religiones del mundo premoderno.

El problema radica en que muchas veces esta oposición entre dos tipos de «salvación» se considera una relación de competencia. De este modo, la «economía de la salvación» de la teología cristiana se enfrentaría a la «salvación por la economía»; y se libraría asimismo una lucha entre el Dios verdadero y el dios falso de la economía de mercado (ya que el sistema comunista ya no es significativo en el mundo actual). La crítica a la idolatría del mercado, a saber, a la propuesta de salvación a través de las leyes del mercado, puede convertirse así en una crítica al mercado o a la economía como tal. Dicho de otro modo, se trata de entender el sistema económico

como un problema en sí para la salvación de las personas y para la justicia social.

Este tipo de enfoque conduce a las personas y a las iglesias a buscar un sistema social exento de problemas, sin límites y contradicciones inherentes a todos los sistemas económicos. Es como si en la nueva sociedad por construir surgiera la posibilidad de una «economía de la salvación» que nos librase de la economía tal y como la conocemos hoy en día. Por eso, un teólogo de gran repercusión internacional publicó en Internet, hace algún tiempo, un pequeño texto con carácter de manifiesto en el que afirmaba que había que pasar del capital material que conocemos al capital espiritual: «El capital material tiene límites y se agota. El espiritual es ilimitado e inagotable. No existen límites para el amor, la compasión, el cuidado, la creatividad, realidades intangibles que conforman el capital espiritual. [...] Si en el capital material la razón instrumental era el motor, en el capital espiritual es la razón cordial y sensible la que organizará la vida social y la producción. En la razón cordial están situados los valores, de ella se alimenta la vida espiritual, pues produce las obras del espíritu arriba mencionados: el amor, la solidaridad y la trascendencia. [...] El siguiente paso, por lo tanto, sería descubrir el capital espiritual inagotable y empezar a organizar la vida, la producción, la sociedad y el día a día a partir de él. De este modo la economía estará al servicio de la vida y la vida se imbuirá de los valores de la alegría y de la autorrealización, una verdadera alternativa al paradigma vigente».

Es probable que, por estar destinado a Internet, este texto no haya sido objeto de una revisión crítica del propio autor, por lo que no lo vamos a citar aquí. Aun así, este texto-manifiesto es representativo de una corriente importante entre los críticos del actual sistema mundial que propone una nueva sociedad, tan nueva que estaría libre de las contradicciones y límites de la economía tal y como la conocemos.

El problema es que cuando los factores de producción dejan de ser limitados o escasos ya no se consideran bienes económicos. Organizar la producción de la vida material con un capital espiritual inagotable, sin las limitaciones de los bienes materiales escasos,

significa una sociedad libre de la economía. Si lidiamos con bienes escasos, lidiamos entonces con conflictos y contradicciones tanto en la producción como en la distribución de los bienes necesarios para la vida de las personas y para la satisfacción de sus deseos, que son ilimitados.

En el fondo, esta visión propone una «economía de salvación» que nos salve de las contradicciones y problemas inherentes a la propia economía. En otras palabras, una «economía de la salvación» que nos «salve de la economía».

¿Qué tienen en común estos dos subgrupos? Reflexionan sobre los problemas económicos y sociales desde fuera del sistema de producción y distribución, esto es, del sistema económico, y en nombre de valores religiosos o espirituales aspiran a crear una nueva economía sin tener en cuenta las dinámicas, límites y lógicas inherentes a la economía que conocemos.

III. Religión y economía a partir de la reproducción de la vida concreta

La tercera tendencia es del segundo grupo de los que asumen la relación intrínseca entre teología y economía. A diferencia del grupo anterior, que parte de la religión o de la teología para criticar el ámbito económico, este grupo adopta como punto de partida la noción de producción y reproducción de la vida, que es anterior a la religión y a la economía[4].

La vida no se concibe como una sustancia que hay que preservar o defender contra las fuerzas de la muerte, sino más bien como una característica de los seres vivos que hay que reproducir a través de la producción y consumo de bienes materiales y simbólicos necesarios. Esta producción y reproducción de la vida se dan a través de y en el seno del sistema social, que incluye dimensiones económicas, sociales, políticas, culturales y espirituales.

[4] Los principales nombres son: Franz Hinkelammert, Hugo Assmann, Enrique Dussel, Julio de Santa Ana.

Para entenderlo mejor, hemos de recordar que todas las sociedades necesitan resolver de forma adecuada dos aspectos fundamentales de la reproducción de la vida en la sociedad: a) cuestiones técnicas y operacionales para la producción de al menos el mínimo de bienes materiales y simbólicos necesarios para la reproducción de la vida de los miembros de la sociedad; b) sentido de la vida y valores sociales y morales comunes a la sociedad.

En muchas comunidades cristianas se hace hincapié en la distribución más justa de los bienes económicos. Ahora bien, no hay que olvidar que la vida presupone asimismo la producción de bienes materiales y el modo de producción condiciona el sistema de distribución de bienes y de riquezas. Aunque una comunidad o sociedad disponga de un sistema bastante justo de distribución de la riqueza, habrá hambre si su capacidad de producción está por debajo del mínimo necesario –a causa, por ejemplo, de retraso tecnológico, escasez de materias primas, crisis medioambiental o falta de medios de producción y de energía adecuados–. La eficiencia económica se convierte, pues, en cuestión de vida o muerte.

Otro aspecto fundamental es la coordinación de la división social del trabajo. Nadie consigue producir todo lo que necesita para sobrevivir, por eso el conjunto de trabajo necesario se divide entre otras personas de la comunidad. Y en la medida en que el trabajo necesario para la reproducción de la vida se divide socialmente, surge la necesidad de coordinar los trabajos parciales. Esto es, cada proceso de trabajo ha de estar articulado con los demás y todos tienen que formar un sistema que funcione de forma adecuada.

Cuando la sociedad se amplía y aumenta el desarrollo tecnológico, esta división del trabajo se vuelve cada vez más compleja, lo mismo que la coordinación. En las pequeñas comunidades antiguas la coordinación se podía hacer, por ejemplo, a través del consejo de ancianos, pero en el mundo actual ese tipo de coordinación tan sencilla y comunitaria se ha vuelto imposible. Hoy en día el sistema de referencia ya no es el país, sino la economía global. Cada país forma un subsistema dentro del sistema global y existe entre ellos una relación de interdependencia, donde los puestos clave y más influyentes del sistema global los ocupan los países más ricos y poderosos.

El choque entre el capitalismo y el comunismo que caracterizó al siglo pasado puede entenderse como disputa sobre dos formas de coordinación de la división social del trabajo: libre mercado en el capitalismo, planificación centralizada por el Estado en el comunismo. En la economía globalizada de nuestros días, el mercado se ha convertido en el principal coordinador de la división social del trabajo. Las personas y empresas prestan servicios o producen lo que los consumidores desean en el mercado, y se compran los bienes materiales y la mayoría de los servicios necesarios en el mercado. Quedar excluido del mercado significa no tener acceso a las condiciones de una vida digna.

Pese a ello, la solución de los aspectos técnicos y operativos del proceso de producción y distribución de bienes económicos y de la coordinación de la división social del trabajo no basta para el buen funcionamiento de la sociedad. Es necesario que la sociedad haya solucionado de forma adecuada el desafío de crear y socializar: a) un sentido de la vida que lleve a sus miembros a converger en una misma dirección; b) valores sociales y morales que lleven a las personas a vivir y a actuar como agentes económicos de acuerdo con las dinámicas del sistema socioeconómico vigente; c) ideologías religiosas y/o seculares que conduzcan a los individuos a aceptar la distribución desigual del poder, la riqueza, el conocimiento y el reconocimiento social; d) moldear los deseos de los individuos para que aspiren a un mismo patrón de objetos de deseo. La economía global no sería posible sin la creación de un mercado consumidor global, que requiere, al mismo tiempo, un «patrón global del deseo» que impulse a los consumidores a desear el mismo tipo de mercancías.

En resumidas cuentas, la nueva economía global necesita una espiritualidad que dé un sentido de vida, valores morales comunes, que justifique las desigualdades y un mismo tipo de deseo a los integrantes del mercado global.

Al fijarnos en esos dos aspectos complementarios (el técnico-operativo y el sentido de la vida y valores) de la vida social, entendemos con mayor claridad que la relación entre economía y religión no es un problema meramente teórico, sino algo concreto que se da en el

interior del proceso de producción y reproducción de la vida humana en todas las sociedades.

IV. Crítica a la idolatría del mercado y su espiritualidad

Dentro de esta última corriente de pensamiento teológico, autores como Franz Hinkelammert, Hugo Assmann y Enrique Dussel han desarrollado una crítica original al sistema de mercado capitalista dominante actual. No es solo una crítica ética o teológica sobre la economía hecha «desde fuera» utilizando la Biblia o la tradición teológica para «juzgar» la realidad económica analizada a través de las ciencias sociales y de la economía. Es una crítica al sistema de mercado (que es diferente de los sistemas sociales con mercado) a partir del concepto de idolatría.

Para comprender esta crítica teológica de la economía debemos tener claro que la idolatría en este caso no se reduce al culto o adoración de objetos o ídolos, frente a la adoración a Dios que trasciende toda materialidad. En el fondo, en la Biblia las críticas a las cuestiones que hoy consideramos religiosas están siempre relacionadas con la vida concreta de las personas y del pueblo. Como afirma Hugo Assmann: «Ídolos son los dioses de la opresión. Desde el punto de vista de la Biblia, el concepto de ídolo e idolatría está directamente ligado a la manipulación de símbolos religiosos para crear dependencias, legitimar opresiones y apoyar a los poderes dominantes en la organización de la convivencia humana. [...] si hablamos de idolatría y "perversas teologías" presentes en la economía es porque nos preocupa el sacrificio de vidas humanas legitimado por concepciones idolátricas de los procesos económicos» [5].

¿Y cómo se producen los sacrificios de vidas humanas en la actualidad? Es evidente que no suceden como en los ritos religiosos de la Antigüedad, sino que, como afirmó el propio Weber, se siguen dando en nombre no ya de dioses personales, sino de las fuerzas

[5] Hugo Assmann y Franz Hinkelammert, *A idolatria do mercado: ensaio sobre economia e teologia,* Vozes, Petrópolis 1989, pp. 11-12 (orig. esp. *La idolatría del mercado*, DEI, San José 1997).

impersonales del mercado. Basta escuchar discursos de economistas justificando «sacrificios necesarios» exigidos por las leyes del mercado. Queda de manifiesto que los sacrificados no son los ricos, sino los pobres, los ineficientes considerados «pecadores». Estos sacrificios no son fáciles de detectar, ya que, si bien las dictaduras políticas matan directamente en nombre de los intereses del Estado, el sistema de mercado no deja vivir a los «ineficientes».

Estos sacrificios de vidas humanas y del medio ambiente justificados en nombre del progreso que ha permitido el crecimiento económico son una creación del mundo moderno. Con la noción moderna de «progreso» se creó también una nueva antropología que promete e incluso exige la satisfacción plena de los deseos humanos (incluida la juventud eterna), junto con una visión del ser humano reducido a defensor de sus propios intereses. ¿Y cómo puede esa reducción del ser humano a la defensa de sus intereses, lo que se conoce también por egoísmo, generar un progreso capaz de crear el «bien común»? En otras palabras, ¿cómo puede el egoísmo producir el «bien común»? La respuesta la dio Adam Smith, y después los neoliberales, de forma más radical: la «mano invisible» del mercado tendría ese poder providencial de transformar los egoísmos del mercado en bienestar social para todos. Por ello se habla de la necesidad de tener «fe en el mercado»[6].

Es fundamental dejar claro que esta crítica a la idolatría del mercado no supone una crítica al mercado en sí, o una propuesta de economía sin mercado, puesto que no es posible organizar un sistema económico amplio y complejo sin relaciones mercantiles. Se trata de una crítica a la absolutización del mercado que lleva a exigir y justificar sacrificios de vidas humanas en nombre de las leyes del mercado. Esto nos llevaría a la propuesta de una sociedad con mercado e intervención o regulación del Estado, y de la sociedad civil en la economía con vistas a objetivos sociales y medioambientales.

Esta crítica no es solo una crítica social o «estructuralista», sino que constituye una crítica teológica que se enfrenta también a la

[6] Sobre la fe en el mercado, véase por ejemplo, Jung Mo Sung, *Sujeitos e sociedades complexas*, Vozes, Petrópolis 2002 (cap. 4).

subjetividad y la espiritualidad. Además de la crítica a la idolatría del mercado, critica la espiritualidad perversa, fetichista que mueve a este sistema. Para Assmann e Hinkelammert, «la idolatría es una acto de reciprocidad entre el idólatra y el ídolo. Se puede objetar que eso es imposible porque el ídolo es una cosa, un objeto, carente por lo tanto de subjetividad. Si así fuera, el ídolo no tendría poder real alguno, no podría ejercer ningún poder en un acto de reciprocidad con el idólatra. Sin embargo, como ya se ha visto, en el capitalismo se da precisamente esta inversión. Las cosas se convierten en sujetos y los sujetos en cosas. La "teoría del fetichismo" es, en el fondo, una explicación del extraño poder que ejercen las cosas sobre las personas»[7].

Este tipo de crítica teológica profundiza en temas religiosos o teológicos que hasta los teóricos sociales o agentes económicos intuyen al analizar prácticas y teorías económicas. Además de los ejemplos presentados al principio, cabe citar a Roberto Campo, un importante ministro de economía de Brasil en la época de la dictadura militar, que escribió lo siguiente: «La modernización presupone una *mística cruel* del rendimiento y del culto a la eficiencia»[8]. Cruel porque presupone el sacrificio de los que no son eficientes, mística porque se requiere una fuerza espiritual para llevar adelante, sin problemas de conciencia, un proyecto social de estas características.

Desvelado el carácter espiritual, místico e idolátrico del actual sistema de mercado global, se puede entender el motivo de la gran fascinación que este «Imperio» global ejerce sobre la población mundial. A diferencia de los imperios anteriores, como el romano o el británico, que conquistaban y mantenían su dominio sobre otras naciones a base de fuerza, el actual sistema global imperial atrae y mantiene su dominio a través de la fascinación y «gravedad» de su poder económico. Además de sacrificar y dar miedo, los ídolos fascinan y atraen[9]. El miedo hoy pasa por quedar excluido del mercado global.

[7] Hugo Assmann y Franz Hinkelammert, *A idolatria do mercado*, p. 410.

[8] Roberto Campos, *Além do cotidiano*, Record, Río de Janeiro [2]1985, p. 54.

[9] Sobre la política, subjetividad y trascendencia del Imperio actual y alternativas, véase N. Míguez, J. Rieger y J. M. Sung, *Beyond the Spirit of Empire*, SCM, Londres 2009.

Frente a este miedo vale la pena recordar la afirmación de Jesús: «¿Hombres de poca fe, por qué tenéis miedo?» (Mt 8,25). En otras palabras, superar el miedo que nos paraliza o que nos remite a un mundo ideal, pero irreal, para luchar por un mundo más humano y justo, pese a las contradicciones, límites y conflictos inherentes a todo sistema social.

De entre las diversas formas de ver la relación entre religión y economía en la actualidad considero que este enfoque teológico es el más útil no solo para las comunidades de fe, sino también para todos aquellos que aspiran a entender mejor la forma en la que se ejercen hoy día la dominación y la explotación, en especial su núcleo místico-teológico. Una forma de hacer teología que coloca dicha relación dentro del debate más amplio, sin perder su identidad teológica.

(Traducido del portugués por Jaione Arregi Urizar)